

Los Reyes, por Julio Cortázar. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1970.

Cuando en 1949 Julio Cortázar publicó su poema dramático *Los Reyes*, ni el panorama literario de su país, menos todavía el de la literatura hispanoamericana, experimentó una modificación sensible. Un acontecimiento de ese tipo, siempre más trascendental para el autor que para el mundo, tuvo la repercusión de un guijarro lanzado en medio del océano.

Podríamos nombrar varias razones que expliquen esta recepción ocurrida en un silencio tan "absoluto y cavernoso". Limitémosnos a tres. Primera: se trataba de una obrita de escaso volumen, publicada por un joven autor que hasta ese momento era completamente desconocido. Segunda: *Los Reyes* apareció en una edición privada, y todos los novatos que han usado el mismo expediente saben lo que éste acarrea. Y tercera: tanto por su lenguaje como por su contenido, la obra no podía despertar interés más que en algunos refinados, entre ellos, Jorge Luis Borges.

Los Reyes posee, incluso hoy, un carácter de "curiosidad". Sin ánimo de rebajarlo con ligereza, hay que decir que este poema dramático apenas trasciende el orden de un ejercicio culterano practicado por un joven de copiosas lecturas y escasa experiencia vital que se movía con soltura porteña en el ámbito de la ilustración clásica y que en su momento halló de buen tono servirse de ellas. En *Los Reyes* no se encuentra nada, aparte de la erudición, de lo que el lector iba a apreciar en las creaciones del Cortázar posterior, particularmente en sus relatos y cuentos, donde se halla lo mejor de su talento.

En cuanto al estilo, Cortázar no emprendía aún en *Los Reyes* esa tarea que él iba a tomar más tarde como una cruzada, como una de las faenas capitales de su arte: la revisión, y destrucción, radical del lenguaje legado por la tradición literaria. Sirviéndonos de su propia terminología, podemos decir que *Los Reyes* constituye un texto *escrito* y no *desescrito*, como pretende ser *Rayuela*. En *Los Reyes* está presente el hombre de letras que construye un mundo partiendo de un lenguaje convencional, algo hinchado quizá, pretendidamente poético, pero más que nada adscrito a una tradición literaria que recibió de ultramar.

La nave llegará cuando las sombras, calcinadas de mediodía, finjan el caracol que se repliega para considerar, húmedo y secreto, las imágenes de su ámbito en reposo. ¡Oh, caracol innominable, resonante desolación de mármol, qué fosco silencio discurrirán tus entrañas sin salida.

Todo *Ios Reyes* podría tomarse, si desconociéramos el nombre de su autor, por una correctísima traducción de alguna pieza neoclásica llevada a efecto por un inspirado profesor de idiomas. Respecto a su materia, Cortázar no imposita menos la voz; se muestra como un alumno bien aprovechado de literatura clásica que con cierto ingenio malicioso ha querido dar también "su" versión de un tema que sólo los autores adultos se atreven a abordar.

*

Los temas que provee la mitología griega han tentado a los autores europeos de todas las épocas y a un buen número de escritores contemporáneos. Si han vuelto a ellos con frecuencia es porque el idioma de los mitos guarda verdades universales que ningún otro idioma poético ha sabido expresar con tanta profundidad y belleza. Y por contener verdades sustanciales de la historia y de la naturaleza humana, los relatos mitológicos son temas "abiertos", es decir, permiten tantas interpretaciones como intérpretes. Y si un mito no puede ser entendido de infinitas maneras, por lo mismo puede ser usado de infinitas maneras por los autores que se inspiran en ellos. Los temas mitológicos, debido a su esencia poética, escapan siempre a la respuesta única y total que sobre ellos pretende dar el saber científico.

Entre los mitos utilizados por los autores contemporáneos, se encuentra la leyenda de Teseo y su combate contra el Minotauro.

André Gide lo revitalizó para un episodio de uno de sus últimos libros, "Thésée". Pero como ocurre con todas sus obras, este Teseo encarna, a través del relato de su vida, la biografía espiritual del escritor francés. El mito no es más que un pretexto para trazar sobre su diseño, y en la comodidad que otorga un tema sublime, una síntesis optimista de su propio pensamiento y de la actitud vital que observó a lo largo de su vida. Teseo, envejecido y afligido por desgracias familiares (Gide, ancia-

no y solitario como un monje laico) no pierde su confianza en el progreso de la humanidad: "He creado mi ciudad. Después de mí podrá habitarla inmortalmente mi pensamiento. Sin rebelarme es que me acerco a la muerte solitaria. He gozado de los bienes de la tierra. Me es dulce pensar que después de mí, gracias a mí, los hombres se reconocerán más felices, mejores y más libres. Por el bien de la humanidad futura, he realizado mi obra. He vivido".

En *Los Reyes*, Cortázar retoma y desarrolla, también a su manera, la leyenda de Teseo y el Minotauro. No parecer hacerlo aquí, como Gide en su obra, para proyectar en ella su espíritu o una suerte de filosofía privada, sino para dar una versión personal del acontecimiento. A la inversa del "Thésée", de Gide, no es el autor quien se sitúa en primer plano, no es el hombre Julio Cortázar, sino los personajes mismos que intervienen en el drama. Tampoco su Teseo es el héroe astuto y generoso que construye "su ciudad" y que, llegado a los límites de la vida, se acerca como un sabio "a la muerte solitaria". El Teseo de Cortázar es un jovencuelo fanfarrón, pagado de sí mismo, a quien le sobran energías y anda por el mundo desfaciendo entuertos en beneficio de su gloria personal.

Cuenta la mitología —no Cortázar— que Minos, rey de Creta, había hecho construir por su ingeniero Dédalo, un inmenso laberinto de piedra adyacente a su palacio para encerrar en él al Minotauro, criatura con cuerpo de hombre y cabeza de toro, que había nacido de las relaciones monstruosas entre su mujer, la reina Pasífae, y un toro. Según también la leyenda, Minos exigía a la ciudad de Atenas, a la que culpaba de la muerte de uno de sus hijos, una ofrenda anual de siete jóvenes y siete doncellas para aplacar la ira del Minotauro. Teseo, hijo de Egeo, rey de Atenas, se hace enviar entre las víctimas, y ayudado por Ariadna, hija de Minos, entra en el laberinto y da muerte al Minotauro.

Cortázar recoge en *Los Reyes* las líneas generales del relato y reproduce literalmente los puntos cruciales del suceso. Pero, asimismo, introduce modificaciones sustanciales en la idiosincrasia de los personajes, lo que —a su vez— altera la interpretación del Mito.

Tal como Cortázar explicó en una oportunidad¹, Teseo es presentado "como el héroe "standard", el individuo sin imaginación y respetuoso de las convenciones, que está allí con una espada en la mano para matar a los monstruos, que son la excepción de lo convencional. El Minotauro es el poeta, el ser diferente a los demás, completamente libre. Por eso lo han encerrado, porque representa un peligro para el orden establecido".

Este "orden establecido" está simbolizado por el trono de Minos; el monstruo habita las pesadillas del monarca; en ellas él ve desplazada su dinastía por la de un linaje de minotauros. El terror de esta usurpación

¹"Cortázar o la cachetada metafísica". *Mundo Nuevo*, enero de 1967.

mantiene al rey encerrado en un laberinto que no es de piedra, sino mental, interior.

En la primera escena, donde se habla del Minotauro, sabemos que Ariadna está enamorada de su hermano (tanto ella como el monstruo son hijos de Pasífae). Teseo llega desde Atenas con el propósito de dar muerte al monstruo y Ariadna le entrega el famoso ovillo de hilo para que pueda entrar y salir del laberinto sin perderse.

En la interpretación de Cortázar, vemos que Ariadna le da el hilo a Teseo, pero lo hace confiando en que el Minotauro será quien mate al héroe y salga de su prisión para reunirse con ella. El anhelo de Ariadna no se realiza. En las dos últimas escenas, Teseo entra en el laberinto, da muerte al Minotauro, sujeto manso y melancólico que entrega pasivamente su cuello a la hoja de la espada, pero descubre que el monstruo no sólo no ha devorado a sus numerosas víctimas ofrendadas a su supuesta voracidad, sino que éstas viven felices en el interior del laberinto, constituyendo una especie de corte. Le están agradecidas al Minotauro, pues él las había ayudado a "exceder la adolescencia temerosa": a los jóvenes los había hecho hombres y a las muchachas, mujeres, despertándoles, al mismo tiempo, la sensibilidad por las artes.

Pero *Los Reyes* contiene otra idea, quizá la más valiosa de la obra, y que se da a manera de bello corolario:

La muerte del Minotauro es únicamente física; en ella —paradojalmente— descansa su triunfo y su gloria, pues al morir en manos de Teseo —en manos de un héroe—, la criatura vence los muros de su prisión, se libera del laberinto, trasciende el cautiverio de la carne y de la piedra, y se perpetúa en el Mito para toda la eternidad. Su figura, desde entonces, jamás se borrará de la memoria de los hombres... lo que en verdad ha ocurrido: siglos y siglos más tarde, un argentino llamado Julio Cortázar la ha invocado para que habite una de sus obras.

CARLOS MORAND